HISTORIA DEL CAMINO DE SANTIAGO



¿Sois Peregrinos?

1976, un Camino en la Transición

FERNANDO LALANDA

Vision Libros

¿SOIS PEREGRINOS?
1976, UN CAMINO EN LA TRANSICIÓN

Fernando Lalanda

¿Sois peregrinos?

1976, un Camino en la Transición

Vision Libros

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *Copyright*, bajo las sanciones establecidas de las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento incluidos la reprografía y el tratamiento informático.

© 2011 ¿Sois peregrinos? 1976, un camino en la Transición
© Fernando Lalanda
revespil@hotmail.com
© 2011 Editorial: Vision Libros
C/ San Benito, 21, Local 28029 Madrid
Tel: 0034 91 3117696 Web: www.visionlibros.com
Vision Libros es marca registrada de Vision Netware S.L.

© 2011 CEDRO

ISBN: 978-84-9008-025-2
Descargado de: www.visionlibros.com

Disponible en papel y ebook
www.vnetdistribuciones .com

Pedidos a:
pedidos@visionnet.es



Nuestro aspecto final nada más llegar a Compostela, Eduardo a la derecha y Fernando a la izquierda.

—Mira "hermano", respondió don Quijote: no todos los caballeros pueden ser cortesanos, ni todos los cortesanos pueden ni deben ser caballeros andantes; de todo ha de haber en el mundo; y aunque todos seamos caballeros, va mucha diferencia de los unos a los otros.

Porque los cortesanos, sin salir de sus aposentos ni de los umbrales de la Corte, se pasean por todo el mundo mirando un mapa, sin costarles ni blanca, ni padecer calor, ni frío, ni hambre, ni sed; pero nosotros los caballeros andantes verdaderos al sol, al aire, a las inclemencias del cielo, de noche y de día, a pie y a caballo, medimos toda la tierra con nuestros mismos pies.

Aquello era un Camino para quijotes, detrás vendrían otros tiempos para sacristanes, pícaros y cortesanos

Introito

La "orden" de Fernando fue imperativa: ¡hazme el prólogo o lo dejo vacío! Y uno, que anda últimamente emperezado y lejano a todo lo que signifique "jacobeo" (por motivos algo más que higiénicos y de absoluto hastío), acató el ucase del amigo. Fue así como comencé la lectura de "**¿Sois peregrinos?**", emperezado y lejano. Y fue ya en la segunda página cuando estalló la primera carcajada ante un descarado cara o cruz entre Ibiza o un remoto Camino de Santiago, alegremente brindado por dos jóvenes del setenta y seis que ya han declarado con desparpajo que el principal de sus quehaceres cotidianos era ligar. A la carcajada siguió la atención ya irremediablemente prendida en el negro sobre blanco, dando paso a una primera confirmación: al fin, y ya era hora, pescado fresco. Ante tanta banalidad, ante tanto "copia y pega", ante tanto refrito al por mayor bendecido por editoriales acomodadas y panceras, ¡por fin!, una algarada cimarrona, fresca, descarada, directa... pero no sólo una algarada (con ser mucho), pocas veces, y sé lo que digo, la verdadera historia del renacimiento del Camino de Santiago en el siglo XX ha sido contada con la absoluta sencillez de quien ha sido protagonista del

mismo en las ya remotas encrucijadas de los años setenta: Fernando Lalanda. Desde las fotografías (indescriptible la de un joven Fernando, solitario y fascinado, entrando en el Obradoiro rodeado de "seiscientos") hasta el espíritu de libertad que desprenden todas y cada una de las páginas —¿recuerdas?... el Camino es libertad o no es nada—, todo en **"¿Sois peregrinos?"** sorprende, enternece y, sobre todo, se agradece.

Uno de los pioneros en el estudio y recuperación de las viejas rutas de peregrinación a Compostela, René de la Coste Messelière, apunta un encuentro en el Camino (Estella) poco después de la primavera del sesenta y ocho, y lo hace en el prefacio de un libro mítico: "Priez por nous à Compostelle" (Hachete, 1978). El marqués de la Coste describe a un joven que avanzaba a grandes pasos con un imponente saco al hombro y una no menos imponente vieira en el pecho. El marqués le interroga: *¿Qué ha sido de ti desde que viniste a verme —en Paris—, para preparar tu peregrinación? La respuesta es clara: Bien, estuve en las barricadas.*

Aquel Camino olvidado de casi todos, reducido a arqueología por los sabios de turno, sólo fue frecuentado, en el siglo XX y antes de su explosión en las dos últimas décadas del mismo, por una gavilla de soñadores (¡Ah del Camino, Starkie!), aventureros, libertarios irredentos o, como es el caso, algunos jóvenes inquietos que habían echado a un lado Ibiza para tender su estera bajo las estrellas de la sirga. Camino extraño el de las Españas de los sesentas y setentas, donde un bordón repicando en las viejas losas de cualquier aldea del Camino era un acontecimiento voceado por el panadero, aclamado a claxon que te crió por la furgoneta de la fruta, aireado y jaleado desde el

altavoz del pescadero... todos atentos a aquellos extraños personajes que perseguían su sombra en soledad hasta la remota tumba de occidente. Los niños les rodeaban, las chicas les preguntaban, los viejos les bendecían... arrastraban sudor, polvo y fatiga, pero todos iban con un lucero en la frente, el Camino era suyo, su albedrío libérrimo, su soledad total bajo el frío del Pirineo, el sol de las trochas o las *brétemas* eternas de las *corredoiras*, en los amaneceres del fin del mundo. Recibidos como héroes zarrapastrosos en todos los pueblos del Camino, jamás suscitaban indiferencia, un poso de admiración y respeto les acompañaba a ritmo de bordón y pan duro. Todos fueron dueños de su destino, príncipes de sus pasos, señores sin disputa de sus ritmos y compases, navegantes valientes y empecinados de un Camino perdido, que buscaron y encontraron, mientras el siglo XX anunciaba ya una aurora impredecible para las antiguas trochas.

Todos ellos, a su manera, vivieron su Camino trasladando las mismas sensaciones que un pionero hollando las antiguas tierras de California. Así, Pierre Barret y Jean Noël Gurgand, autores del citado *"Priez por nous à Compostelle"* , que parten desde Vezelay para Compostela pocos meses después que Fernando, desde Roncesvalles, maldicen perdidos en tierras desconocidas, reinterpretan a pastores enmudecidos, se sienten niños crecidos de Baden Powell, Sahagún les parece un decorado de *western*, tienen tiempo de saber lo que es suplicar con verdadera desesperación (Rabanal) o practicar el lastimoso ejercicio de vomitar tortillas infames (también Rabanal), pero también de conmoverse ante la miseria que observan en ciertas aldeas gallegas. Por lo mismo, nuestros héroes, Fernando y su hermano Eduardo, pronto descubren que a esta aventura,

que jamás fue un camino de rosas, hay que acudir ligero de equipaje y no con un arsenal para vivaquear junto a un pueblo nutrido de mozas (en Miranda de Ebro largan 20 kilos para Madrid), también hay que estar bien dispuestos a dormir en la cárcel de Castrogeriz, tender sus huesos sobre el barro en la noche de Pancorbo, ligar desesperadamente con las chicas de Tardajos, recibir una perdigonada en el culo (Hornillos), largarse a las playas del Cantábrico viajando en el "topo", arrepentirse y volver contritos al Camino, terciar con curas y seminaristas, ser timados por un pastor en Mostelares, apedrear de pura desesperación los cristales de una desvencijada estación abandonada... y emocionarse todos los días sabiéndose protagonistas de una aventura única.

Fernando, 19 años, "rebelde con y sin causa", estudiante despreocupado pero ya con ciertas seguridades, tales como que las tías más guapas eran las fachas aunque fueran más gilipuertas, se lanza con su hermano, en plena transición política española, a una aventura propia de locos, en una época en que la máxima ocurrencia y el colmo de las sensaciones para cualquier joven estudiante español era acudir a los "tentaderos" de Torremolinos, Benidorm o Ibiza por mor de sacudirse polvo de siglos de cutrez, hisopazos, bocatas de membrillo a la sombra del padre Astete, restallantes cortes de manga al Capitán Trueno por culpa de Sigrid de Thule y arrobas de tinto espeso, al por mayor y municipal, en mesones de mosca altiva y tele en blanco y negro. Por toda guía consiguen un mamotreto —que Fernando venera— editado por el Ministerio de Información y Turismo, que les lanza indefectiblemente a "lo que había", es decir, las carreteras. Y, por si acaso, que los tiempos estaban muy zorros, se hacen con una carta-recomendación de su párro-

co, no fuera que les confundieran con colegas de Eleuterio Sánchez, el Lute, cosa harto probable dado el *look* inevitablemente extravagante y atrozmente aromático que pronto adquirirían (sólo pudieron ducharse un mes después de salir de Roncesvalles, tal era el Camino). Y es así como se plantan en Roncesvalles ante un prior que, a la vista de los chavales y su desparpajo, lo primero que les larga es que, de tener menos años, se echaría con ellos al Camino.

Y ahí da comienzo un relato digno de figurar, en grandes y honradas letras, en las estanterías de la mejor literatura odepórica. Un magnífico e inesperado fresco de un Camino desconocido hoy en día pero entonces aún por reinventar, donde tal parece que los canecillos de las iglesias románicas bajan todos los atardeceres e echar partida y chato de vino en el teleclub más próximo, en una España que comienza también a redescubrirse a si misma mientras por su vieja piel de morlaco discurre una tribu de jóvenes ilusionados, expectantes, abiertos a todo, empapándose de todo, en un lento aprendizaje de treinta días —"donde hay vino bebe vino, donde no, agua fresca"— que les hará entrar en Compostela como peregrinos, peregrinos totales y para siempre.

Con razón, mucha razón, Fernando dice a todo el que le quiere oír, sobre todo si el oyente u oyentes empiezan a pontificar y predicar sobre el Camino actual: "oiga, señor, el Camino es mío, sólo mío". El que no conozca a Fernando (uno de los grandes estudiosos actuales sobre el renacimiento de las peregrinaciones jacobeas) probablemente le tachará de prepotente, fatuo o chulapón de libro. Se equivocará, Fernando dice que el Camino es suyo porque lo hizo suyo, es "su" Camino con más razón y razones que nadie, ayudó a crearlo tal y como se le conoce hoy en día, lo pisó y repasó

cuando nadie sabía de él, aprendió a amarlo con todas sus fuerzas y ha pasado a formar parte de su vida. Ellos (todo el grupo de jóvenes que se fueron uniendo a lo largo y ancho de la peregrinación) vieron trabajando, en directo y a pie de obra, a figuras míticas del Camino, Pablo Payo, Javier Mariscal, Elías Valiña, todos tuvieron palabras de aliento para la tribu caminera y ellos, sobre todo Fernando, no lo olvidaron, no los olvidaron nunca. Ni su sencillez, ni su trato, ni ese aliento. Nada que ver la peregrinación de estos chicos, en el Año Santo de 1976, hace ya treinta y cinco años, con la cabalgata a trote cochinero de las multitudes turigrinas del Sarria-Santiago del pasado Año Santo de 2010. Pisándose la cabeza, a codazos por las corredoiras, sin más objetivo que la triste papeleta de la Oficina del Peregrino (más papel mojado que nunca), más que nada para enseñar a la suegra que fui con un palito andando por el caminito: ¿cómo diablos se puede ser "peregrino" al final del Camino, comenzando justo cuando los peregrinos de toda época terminan ya su Camino?, ¿cómo se puede vender tal cosa si para llegar como peregrino hace falta nacer, morir y renacer?, ¿dónde los hayedos infinitos?, ¿dónde las codornices cantando la soledad del peregrino?, ¿dónde el amanecer de Estella?, ¿dónde el morir en la sirga?, ¿dónde los encuentros?, ¿dónde la magia, la sorpresa, el abracadabra?, ¿dónde las alas de Campanilla abanicando a los jacobeos, dónde Nunca Jamás?, ¿dónde el cortejo de Don Suero abriéndose paso entre las retamas?, ¿quién escondió el Grial?, ¿dónde está el Grial, por qué no sube ya Sir Parsifal, Cebreiro arriba, alanceando nubes?, ¿dónde soñar ya...?

La cultureta del ocio, el cretinismo y seguidismo de multitudes uncidas al pesebre a quienes lo mismo les daría, si

gira la veleta del marketing hacía allí, participar en una carrera de sacos desde la antigua Tarraco a Port Aventura o hacer de tontolaba en un concurso de vueltas todo a cien a la manzana de su casa sorteando cagadas de perro, han conseguido vulgarizar definitivamente la última gran aventura de la Europa que nos parió. Han logrado, también, dejar el término "peregrino" en "peregrinismo", una burda imitación que consiste más o menos, en andar hacia Santiago con un huevo colgando y el otro lo mismo, rodeados de una parafernalia de taxis, coches de apoyo, imprecaciones, carreras y la más absoluta insolidaridad, todo ello con el beneplácito y el aplauso de administraciones públicas (los primeros culpables), medios de comunicación (los palmeros) y la pánfila y tripotera bendición de la propia SAMI Catedral de Santiago de Compostela, bellacamente afanada en exhibir estadísticas impresentables de "católicos en el Camino" que no se cree ni el último *tiraboleiro* (la Catedral y su brazo armado, la Oficina del Peregrino, son los penúltimos y más absolutos culpables). El buenismo y relativismo que también invade el Camino intenta vendernos el cojón de pato Donald de toda esa gavilla, colgándoles el cartel de "peregrinos" ya que todo el mundo es bueno y, naturalmente, todo el mundo hace el caminito de la señorita Pepis como quiere. Pues no, queridos señores, eso es una charlotada sin pase alguno que está reduciendo a la nada el trabajo (altruista) de mucha gente, trabajo sin tregua y durante muchos años, mucho antes del aterrizaje de esos agentes contaminantes: administración pública, medios de comunicación de esos "con el culo gordo" y Catedral de Santiago, reduciendo la última gran aventura que nos quedaba en Europa a lo dicho: carrera de sacos y que le den amplia y esmeradamente al último. ¿Alto y claro? Alto y claro.

El Camino es (era) pasión, alma, sentimiento, búsqueda, aventura, solidaridad y libertad, todo ello desarrollado en un espacio sagrado, una nueva "tregua de Dios" para el alienado habitante del mundo que nos ha tocado vivir. Es por todo ello que algunos antropólogos han estudiado la peregrinación como un fenómeno sintomático de una sociedad que percibe su estado como crítico, en los albores de un milenio lleno de incertidumbres, apelando tal vez a recursos de un pasado excesivamente mitificado para tapar las carencias de la época actual. Según la filósofa Eva Mouriño, todo ello lleva a un presente como representación de un momento "negador" de importantísimos valores como la solidaridad, la espiritualidad, la naturaleza o la misma hospitalidad tan vivida en el Camino de Santiago.

Por eso la propia sociedad genera recursos instrumentales y simbólicos para compensar esa falta de valores en periodos críticos. Y es por eso también que el Camino supone un espacio ideal y un perfecto soporte material para una serie de ideas, valores y representaciones de la realidad que en la actualidad se perciben claramente en quiebra y de las que parece necesaria una reafirmación y revitalización. A su vez, el hombre del presente, agobiado y alienado por la época que le ha tocado vivir, se despoja de casi todo y se introduce ligero de equipaje en un espacio sagrado que iguala a todos bajo las mochilas. El paso desde una oficina o fábrica de cualquiera de nuestras ciudades a una naturaleza ante la que el individuo se vuelve a reconocer con asombro, deja huella en todos ellos. La peregrinación se va convirtiendo así en una vía de escape, un viaje a Ítaca pasando por Esparta, donde cada persona puede poner entre interrogantes su propia vida confundido e igualado entre otros semejantes que viven parecidas preocupacio-

nes acompañados de su propia sombra, a veces la única compañía de sol a sol. Todo invita a sumirse en un estado de reflexión imposible en las duras condiciones de vida y trabajo en las grandes ciudades, en un mundo dominado por las prisas y el estrés, hasta el punto de que para muchos la peregrinación supone una auténtica catarsis. El Camino proporciona algo muy difícil de conseguir en nuestros días, el **distanciamiento**, distanciamiento de la familia, de las propias responsabilidades, de la propia vida cotidiana y de la sociedad a la que se pertenece.

El ecumenismo del Camino, su multiculturalidad, la convivencia diaria y en condiciones extraordinarias con gentes de los más diversos países, razas, creencias e idiomas, en unas condiciones de paz, serenidad y reflexión, produce además un alimento cotidiano y un cúmulo de experiencias imposible de conseguir ya en otros sitios. El individuo, catalogado, clasificado y alienado por la sociedad que le ha tocado vivir, vuelve a reconocerse como persona, reconoce y tal vez se reconforta en una espiritualidad que sólo era ya una luz mortecina, recupera su albedrío, se reconcentra, piensa en ese viejo amigo que tal vez dejó en la infancia ya lejana, es decir, vuelve a reencontrarse consigo mismo tras una larga travesía. De ahí lo difícil que se le hace al peregrino salir de la burbuja una vez terminado el Camino, y de ahí el enorme predicamento del Camino en sí como itinerario sagrado que defienden sus mejores valedores, es decir, los propios peregrinos. Y aquí están las claves, **las que definen un viaje interior a través de un espacio sagrado cargado de símbolos de conocimiento y de reconocimiento.** Claves que no pueden dar unos canónigos amarrados al botafumeiro, ni institución alguna, ni Xacobeo alguno y claves que poco o nada tienen que ver

con la parafernalia institucional, y sí, sin embargo, con los valores más profundos del ser humano, a los que el Camino ha regalado ese espacio sagrado en un mundo difícil.

Bien, pues todo ello está en un periodo minucioso e imparable de destrucción. Por eso el testimonio de Fernando es impagable, sobre todo para los ya escasos peregrinos que amarren a su bordón los valores de la peregrinación jacobea. Ese mismo peregrino que camine en soledad por los Campos Góticos en la dureza del invierno o en el infierno del verano, se reconocerá en Fernando, en Eduardo y en todos los colegas que compartieron esa lejana aventura, los verá en Fromista, en Villasirga, en Sahagún, escuchará sus risas en Mansilla, se llenará de congoja con rayos y centellas en el páramo, se empapará con ellos en Galicia y compartirá su llegada ilusionada a Compostela. Fernando y sus compañeros nos enseñan un Camino fresco, espontáneo, lleno de vida, sencillo... **¿sois peregrinos?** Ellos lo fueron y Fernando lo comparte aquí. Que el Apóstol le bendiga por ello, a él y a todos los que, como él, intentan, todavía, "hacer Camino".

José Antonio de la Riera